

Recordar, compartir, aprender

Sevilla

Antonio López Pérez, 73 años

Isabel Morillo Padilla, 24 años

CUANDO LOS ÁNGELES SE DISFRAZAN DE HUMANOS

El 1 de abril de 1936, un bebé cuyos ojos nunca envejecerían, tomaba sus primeras bocanadas de un aire perfumado con un delicioso aroma a azahar, aún limpio, sin el olor impregnado de esa horrible nube gris que asomaba por el horizonte, esa tormenta que en pocos meses llegaría para dejar una tempestad de décadas de duración.

La Señora Pérez pudo haber elegido Ángel para nombrar a su bebé, pero me divierte pensar que hubiera sido demasiado obvio. Había que jugar un poco con el misterio para que no fuera tan fácil llegar a esa conclusión, la de que su bebé, en efecto, era un ángel caído del cielo, y por eso se decantó por otro nombre: Antonio, vocativo que ahora se tornaría especial para muchos. Antonio López Pérez crecería en el laberinto donde cualquiera desearía acabar perdido: el Barrio de Santa Cruz de Sevilla, un lugar de estrechas y sinuosas calles entrelazadas, paredes blancas como la nieve, que sólo una vez quiso fundirse por estas latitudes (allá por el año 1954), y tascas demasiado frecuentadas por maridos. “Mi padre fue alcohólico y mi madre, trabajadora nata, con sus empleos de lavandera y planchadora, no conseguía la suficiente remuneración para alimentarnos a todos, así que mi infancia se resume en dos palabras: artimañas e ingenio. Nuestra prioridad era comer, y mis travesuras se basaban en un juego llamado ‘la búsqueda del alimento escondido’, que inventé junto a mis amigos”, me comentaba Antonio con su permanente sonrisa en un tono orgulloso que bien merecen sus palabras.

Podemos imaginarnos su dura niñez desde el alba hasta el anochecer. Las mañanas eran similares: el mismo temor y egoísmo para que fuera otro el castigado que desatascara los desagües del patio del colegio, los mismos cánticos a la entrada y salida de las clases, el mismo semblante amenazador y autoritario del maestro, la misma lata vacía de leche condensada que en común se usaba para beber, esos días bajo la lluvia con los brazos en cruz en caso de haber sido descubierto como autor de alguna treta...

Las tardes, sin embargo, eran bien distintas. “En ocasiones, los vigilantes de los chalets que rondábamos nos ofrecían bocadillos hechos por la propietaria del hogar para que no comiéramos las naranjas de los árboles del jardín, ¡tan nocivas para ellos y tan tentadoras para nosotros!”, decía Antonio en el papel de aquel niño que no comprendía el buen acto del vigilante y la señora. “Otras veces, la buena suerte y las travesuras toman caminos diferentes. Recuerdo cuando el ahijado de un ‘filato’ de control de alimentos procedentes de las afueras consiguió jabón para que lo pudiéramos vender. Todo el botín lo empleamos para nuestras familias y lo que sobró se destino a un capricho, todo un lujo: ¡chocolate con pan!”. La emoción de sus palabras me hizo querer llegar a casa inmediatamente y probar un poco de chocolate, tal vez para reencarnarme en lo que hubieran sentido esos chicos de antaño si lo hubieran tenido tan fácil como lo tenemos los jóvenes de ahora. “Elegimos un vagón de tren como escondite para comer ese manjar. Lo malo es que, a la media hora, ¡despertamos en Alcalá!”. Su carcajada entrañable hacía imposible no reír junto a él. “Nos habíamos quedado dormidos, el tren partió y nuestro gozo quedó en un pozo de lágrimas y desesperación, pero uno de los revisores, al vernos, nos trajo de vuelta, encargándose de que recordáramos ese día como el más divertido de todos. Sin embargo, después de esta vivencia ya no subestimé el poder de los trenes y los tranvías. Cuando alguien mayor te diga que no te acerques a las vías, hazle caso”, me dijo Antonio a la vez que me mostraba su pierna inválida al ser atropellado con siete años por un tranvía, hecho del que tímidamente se jacta al tratarse, en efecto, de un símbolo de su valentía.



Recordar, compartir, aprender

Las noches duraban lo justo para reponerse y empezar un nuevo día de sacrificios en una Sevilla decadente por la Guerra Civil. Mientras Antonio dormía, su padre, aún ebrio, sacaba con dificultad de su cajón una cruz de madera rodeada por cables de cobre a modo de antena. Se arriesgaba deliberadamente sintonizando Radio Pirenaica, una emisora que criticaba el duro régimen y esperaba a los que la oían, normalmente en grupos de varios vecinos en los que más valía que el silencio, a su lado, pareciera estridente.

Durante la adolescencia de nuestro protagonista, los primeros rayos de sol atravesaron la nube gris, comenzándose a formar un arco iris que completaría sus colores a mediados de los setenta. Antonio, a los 12 años, consiguió un empleo de panadero. Ganaba un buen sueldo de 2 pesetas a la semana y dos bollos diarios. Aquel chico altruista y luchador fue creciendo y se convirtió en un joven que obtenía puestos de trabajos cada vez más prestigiosos y con los que podía mantener a su familia. “El esfuerzo en la vida siempre se verá recompensado. Lo importante es sentirse realizado, mirar atrás y ver tus logros, sean cuáles sean. Ésa es la verdadera felicidad. No importa cuán mal vayan las cosas. Hay que saber que siempre hay alguien peor que tú que necesita tu ayuda”.

A sus veinte años, el amor le presentó a Josefa, una joven con un tumor en un ovario, con la que ha compartido su vida y sus ganas de ayudar a los demás, y con la que burlaba las continuas persecuciones de sus padres que intentaban impedir cualquier acercamiento físico. Con ese hombre a su lado, no es de extrañar que se convirtiera en una mujer sana y madre de dos hijos. Actualmente, Antonio es presidente de una asociación de vecinos en un barrio marginal en el que sigue sacrificándose para guiar a las almas que se perdieron por las desgracias que caracterizan a estos núcleos.

Y ésta es la historia de cómo un ángel con nombre y aspecto de humano, decidió disfrazarse para obsequiarnos con su bondad.